

se bastaría para subvenir á las necesidades de la familia, sin contar con Coupeau, que disponía de meses enteros para volver á tomar gusto al trabajo. Así también creía ganar en tranquilidad, asegurando el porvenir, y desembarazándose de los temores secretos que la asediaban á veces cuando su marido volvía muy alegre contando y refiriendo alguna treta del animal Mes-Bottes, al que había convidado á beber un litro de vino.

Una noche, encontrándose Gervasia sola en su habitación, entró Gouget, y ella se retiró á pesar de esto, según tenía por costumbre. El coloso se había sentado y fumaba, contemplándola. Algo grave tenía que decir, sin duda; estaba pensativo y como madurando la idea sin encontrar forma conveniente para enunciarla. Finalmente, después de un gran silencio, decidióse, y quitándose la pipa de la boca, dijo de un tirón:

—Señora Gervasia, ¿queréis permitirme que os preste dinero?

Hallábase la joven inclinada sobre un cajón de la cómoda, buscando unos trapos. Incorporóse, encendida como una grana. Indudablemente debía haberla visto Gouget por la mañana extasiada ante la tienda, por espacio de diez minutos. El herrero sonreía con aire embarazado, como si hubiese hecho una proposición humillante. La joven rehusó con viveza; jamás aceptaría dinero sin saber cuándo podría volverlo. Por otra parte, tratábase de una cantidad bastante crecida. Y al verle mustio, consternado, acabó por exclamar:

—Pero ¿y vuestro matrimonio? ¡Yo no puedo aceptar el dinero destinado para vuestra boda!

—¡Oh! ¡no os dé cuidado eso!—respondió el gigante ruborizándose á su vez.—Ya no me caso. He cambiado de pensar... Mejor quiero prestaros ese dinero.

Entonces los dos bajaron la cabeza. Entre ellos existía una cosa muy dulce que no se atrevían á decirse. Y Gervasia aceptó. Gouget había prevenido ya á su madre. Atravesaron el corredor y fueron á verla en seguida. La encajera estaba seria, algo triste, con el rostro inclinado sobre su bastidor. No quería contrariar á su hijo, pero tampoco aprobaba el proyecto de

Gervasia, y dió sus razones: Coupeau se maleaba; Coupeau se le comería la tienda. Lo que de ningún modo perdonaba al plomero era que se hubiese negado á aprender á leer durante su convalecencia; su hijo se había ofrecido á enseñarle, pero Coupeau le había mandado á paseo, acusando á la ciencia de adelgazar á las gentes. Esto fué casi motivo de riña entre los dos obreros, y desde entonces cada uno iba por su lado. No obstante, la señora Gouget, viendo las miradas suplicantes de su hijo, mostróse muy afable con Gervasia. Convínose en que prestarían quinientos francos á los vecinos, quienes los reembolsarían por partidas mensuales de veinte francos.

—¡Oye, tú!—dijo Coupeau riendo, cuando supo lo del préstamo,—¡parece que el herrero te requiebra! En cuanto á eso poco cuidado me da; bien tranquilo estoy; ¡es un tipo tan ridículo!... Se le devolverá su dinero. Pero, si en vez de tratar con gente decente como nosotros, se las hubiera con holgazanes, ¡valiente chasco se llevaba!

Al día siguiente alquilaron los Coupeau la tienda. Gervasia no paró en todo el día corriendo desde la calle Neuve á la de la Goutte d'Or. Los del barrio, al verla pasar tan ligera y radiante de alegría hasta el punto de no cojear, decían que debía haberse dejado hacer una operación.

V

Casualmente los Boche, desde el vencimiento de abril, habían abandonado la calle de Poissonnieres y ocupaban la portería de la casa grande de la calle de la Goutte d'Or. ¡Coincidencia feliz! Uno de los temores de Gervasia, que había vivido con tanta tranquilidad, sin portero, en su tabúco de la calle Neuve, era la de caer bajo la férula de una bestia feroz, con quien tendría que chocar por un poco de agua vertida, ó por cerrar demasiado ruidosamente la puerta por la noche. ¡Son una canalla tan ruin los porteros! Empero, con los Boche, daría gusto. Eran conocidos de antiguo; de consiguiente, vivirían en buena inteligencia, como si dijéramos, en familia.

El día del alquiler, cuando los Coupeau fueron á firmar el contrato, latía violentamente el corazón de Gervasia al atravesar los umbrales de la elevada puerta. Al fin iba á vivir en aquella casa, grande como un pueblecito, con sus interminables calles de escaleras y corredores.

Las fachadas grises con los pingajos puestas á secar en las ventanas, el patio obscuro de adoquines desencajados á manera de plaza pública, el ronquido de trabajo que salía de sus paredes causábanle una gran turbación, un gozo inmenso al verse tan próxima á satisfacer su ambición, y un vivo miedo de no poder medrar y de encontrarse aplastada en aquella enorme lucha contra el hambre, cuyo aliento llegaba á sus oídos.

Parecía acometer una empresa audaz, como si se arrojase en medio de una máquina en movimiento, mientras los martillos del cerrajero y los cepillos del ebanista golpeaban y silbaban en el fondo de los talleres de la planta baja. Aquel día las aguas de la tintorería que corrían por el zaguán, eran de color verde manzana muy claro. Saltó por encima de ellas, sonriendo; veía en este color un venturoso agüero.

La cita con el propietario era en la habitación misma de los Boche. El señor Marescot, fabricante de cuchillos de la calle de la Paix, había paseado en otro tiempo su carro de afilar por las calles. Actualmente se le consideraba archimillonario.

Era un hombre de cincuenta y cinco años, robusto, huesudo, condecorado, que ostentaba sus manazas de antiguo obrero, y uno de cuyos mayores goces era llevarse los cuchillos y tijeras de sus inquilinos para afilarlos él mismo por distracción. Tenía fama de campechano, pues se pasaba las horas en el cuarto de sus porteros, oculto en las sombras de la habitación, tomando las cuentas. Allí trataba todos sus asuntos.

Los Coupeau le encontraron sentado ante la graciosa mesa de la señora Boche enterándose de que la costurera del segundo piso de la escalera A, se había negado á pagar, soltando una frase poco limpia. Después, cuando se hubo firmado el contrato, dió un apretón de manos al plomero. Apreciaba mucho á los

obreros. En sus primeros tiempos había pasado no pocos apuros. Pero el trabajo triunfaba de todo, y después de haber contado los doscientos cincuenta francos del primer semestre, sumergióslos en su profundo bolsillo, refirió su vida y enseñó su condecoración.

Gervasia, entre tanto, permanecía algo cortada al ver la actitud de los Boche, quienes fingían no conocerla; siempre alrededor del propietario, doblados por el espínazo, acechando sus palabras y aprobándolas con movimientos de cabeza. La señora Boche salió precipitadamente, yendo á expulsar un grupo de muchachos que chapoteaban delante de la fuente, cuyo grifo, completamente abierto, inundaba el patio; y cuando volvió, tiesa y severa como una matrona, atravesando el patio y dirigiendo lentas miradas á todas las ventanas, como para cerciorarse del buen orden de la casa, contrajéronse levemente sus labios, signo de orgullo por la autoridad de que se hallaba investida al tener bajo su dominio trescientos inquilinos.

Boche hablaba de nuevo de la costurera del segundo piso; su opinión era que debía expulsársela, y calculaba los alquileres retrasados con la importancia de un intendente, cuya gestión se viese comprometida. Aprobó el señor Marescot la idea de la expulsión; pero quería esperar hasta la mitad del nuevo trimestre. Era duro arrojar á las gentes á la calle, tanto más cuanto que esto no reportaba utilidad alguna al propietario. Y Gervasia, con un ligero estremecimiento, preguntábase si la echarían también á ella á la calle el día en que un contratiempo cualquiera la impidiese pagar.

La portería, ahumada y llena de muebles negros, tenía una humedad y un aspecto hediondo de bodegón; junto á la ventana, afluía toda la luz sobre el banco del sastre, donde yacía una levita vieja para recomponer, en tanto que Paulina, la hija de los Roche, una niña bermeja, de cuatro años, sentada en el suelo, miraba concienzudamente cómo cocía un trozo de ternera, embebida y extasiada en el penetrante olor de cocina que se exhalaba de la cacerola.

El señor Marescot alargaba nuevamente su mano al plomero, cuando á éste se le ocurrió hablar de repa-

raciones, recordándole su promesa verbal de ocuparse de ello más adelante. Pero el propietario se enfadó, diciendo que á nada se había comprometido y además, que jamás de los jamases se harían reparaciones en una tienda. Sin embargo, consintió en visitarla, seguido de los Coupeau y de los Roche.

El mercerito se había ido llevándose todos sus estantes y mostradores; la tienda, completamente desnuda, mostraba su negro techo, sus agrietadas paredes, de las que colgaban girones de un antiguo papel amarillo. Y allí, en el vacío sonoro de la habitación, entablóse una discusión acalorada.

Pretendía el señor Marescot que era obligación de los comerciantes adornar sus establecimientos, porque —añadía,—á un comerciante puede antojársele tenerlos dorados, y no faltaba más que el propietario forrase de oro sus tiendas. Y á renglón seguido describió su propia instalación en la calle de la Paix, en la que había gastado más de veinte mil francos. Gervasia, con su terquedad de mujer, repetía un argumento que le parecía irrefutable; si se tratase de una habitación particular, la empapelarían ¿verdad? pues ¿por qué no considerar una tienda como una habitación particular? Ella no pedía más sino que se blanquease el techo y se empapelase de nuevo.

En tanto Roche permanecía impenetrable y digno; volvíase de uno á otro lado y miraba al techo sin decir esta boca es mía. En vano Coupeau le guiñaba el ojo; el portero aparentaba no querer abusar de su grande influjo sobre el propietario. Al fin concluyó por dejar aparecer un gesto, una leve sonrisilla acompañada de un movimiento de cabeza.

Precisamente en aquel momento el señor Marescot, exasperado, con aspecto abatido y abriendo sus diez dedos en un calambre de avaro á quien arrancan su oro, cedía á las instancias de Gervasia, ofreciéndole el blanqueo del techo y el empapelado, con la condición de que ésta pagase la mitad del papel. Y se largó en seguida, no queriendo oír hablar del asunto.

Cuando Roche se quedó solo con los Coupeau, empezó á darles palmadas en los hombros, con expansiva alegría.

¿Qué tal, qué les parecía? A no ser por él, jamás hubieran obtenido su empapelado, ni su blanqueo. ¿N habían observado cómo le consultaba el propietario con el rabo del ojo y cuán bruscamente acababa de decirse al verle sonreír? Luego, confidencialmente, les confesó que podía decirse que él era el verdadero dueño de la casa; que él decidía las expulsiones, alquilaba los cuartos si los inquilinos le agradaban y cobraba los alquileres, guardándolos quince días en el cajón de su cómoda.

Aquella noche los Coupeau, para demostrar su agradecimiento á los Roche, les enviaron dos litros de vino. Bien valía la cosa un regalo.

Desde el lunes siguiente, los obreros se fueron á la tienda. La compra del papel fué una gran dificultad. Gervasia quería un papel con flores azules, que diese claridad y alegría á las paredes. Roche se ofreció á acompañarla para que eligiese. Pero tenía órdenes formales del propietario; no debía extralimitarse de quince sueldos el rollo.

Una hora estuvieron en casa del almacenista, fijándose la lavandera en un papel persa muy bonito de diez y ocho sueldos, desesperada porque todos los demás le parecían horrorosos. Por último, el portero cedió, diciendo que él arreglaría la cosa, poniendo en cuenta un rollo más, si convenía. Y Gervasia, al volver á casa, compró unos pasteles para Paulina. No quería ser menos y quien la complacía estaba seguro de no perder en el cambio.

En cuatro días debía quedar lista la obra de la tienda. Y los trabajos duraron tres semanas. Al principio sólo se habló de lavar las pinturas; pero éstas, que en su origen habían sido de color heces de vino; estaban tan sucias y tan tristes, que Gervasia se decidió á retocar toda la fachada de azul claro con filetes amarillos. Entonces las reparaciones se eternizaron. Coupeau, que no siempre trabajaba, llegaba por la mañana para ver los progresos. Roche, dejando la levita ó los pantalones cuyos ojales remendaba, acudía por su parte á vigilar á los pintores. Y los dos, en pie, ante los operarios, cruzadas las manos atrás, fumando, escupiendo, pasaban el día analizando cada

pinclada. Un clavo que hubiesen de arrancar daba pie á reflexiones interminables y á profundísimas abstracciones. Los pintores, dos buenos chicos y unos pobres diablos, bajaban á cada rato de sus escaleras, plantándose también en medio de la tienda, mezclándose en las discusiones, moviendo la cabeza horas enteras y contemplando su tarea comenzada. El techo quedó embadurnado con bastante rapidez. Pero las pinturas eran cuento de nunca acabar. No se secaban.

A eso de las nueve, los pintores aparecían con sus pucheros de color, los ponían en un rincón, daban un vistazo, desaparecían y ya no se les volvía á ver más. Se habían ido á almorzar, ó bien á dar la última mano á una bicoca, allí cerca, calle Myrrha. Otras veces Coupeau invitaba á toda la gente, Roche, los pintores y los camaradas que acertaban á pasar, á echar un trago; otra tarde perdida. A Gervasia se le quemaba la sangre. Al fin, bruscamente, en un par de días quedó todo terminado, las pinturas barnizadas, pegado el papel y las basuras echadas al carro. Los operarios lo habían recompuesto todo como jugando, silbando en sus escaleras y cantando hasta ensordecer el barrio.

La mudanza tuvo lugar inmediatamente. En los primeros días Gervasia experimentaba alegrías de niña; cuando cruzaba la calle de vuelta de un recado. Acortaba el paso, y sonreía á «su casa». De lejos, en medio de la negra fila de las otras fachadas, su tienda se le aparecía radiante, alegre; con su muestra azul claro, donde, en grandes letras amarillas se leía: «Planchadora de fino». En el escaparate, cerrado el fondo por cortinillas de muselina y cubierto de papel azul para que resaltase la blancura del lienzo, había de muestra camisas de hombre y gorros de mujer suspendidos por las cintas en alambres.

Y su tienda pareciale bonita, color de cielo. Más adentro continuaba también el color azul; el papel, que imitaba un persa Pompadour, representaba un emparrado por donde trepaban enredaderas; el banco de planchar, una inmensa mesa que llenaba las dos terceras partes de la tienda, estaba ornado con un gran fleco de cretona de ramos azulados para ocultar los

banquillos. Gervasia se sentaba en un taburete, exhalaba grandes suspiros de contento, dichosa con aquella elegante limpieza, y acariciaba con la vista sus planchas y demás enseres completamente nuevos.

Pero su primera mirada se dirigía siempre á la estufa de hierro fundido, donde podían calentarse á la vez diez planchas colocadas alrededor del hogar sobre placas oblicuas. De vez en cuando se arrodillaban ante la estufa, vigilando con continua ansiedad que su pequeña aprendiz no hiciese estallar torpemente la fundición, atestándola de demasiado cok.

La habitación interior era bastante cómoda. Los Coupeau dormían en la primera pieza, donde también se guisaba y se comía; en el fondo había una puerta que daba al interior de la casa. La cuna de Naná estaba en el cuarto de la derecha, un gran gabinete, que recibía luz por una ventanilla redonda situada cerca del techo. Estaban compartía el cuarto de la izquierda con la ropa sucia, de la que había enormes montones en el suelo.

La casa, sin embargo, tenía un inconveniente que los Coupeau no habían querido ver al principio, y era que las paredes destilaban humedad, y no se veía claro desde las tres de la tarde.

En el barrio la nueva tienda produjo una profunda emoción.

Acusaban á los Coupeau de que iban demasiado aprisa y de que se daban mayor importancia de la que les correspondía. En efecto; los quinientos francos de los Gouget los habían gastado en la instalación, sin guardar ni siquiera para vivir quince días, como se prometían al principio. La mañana en que Gervasia abrió por primera vez su portada, no tenía más que seis francos en su portamonedas. No se apuraba, sin embargo; los parroquianos afluían, y el negocio comenzaba bien.

Ocho días después, el sábado, antes de acostarse, permaneció dos horas echando cálculos en un pedazo de papel, y despertó á Coupeau, con el rostro radiante de alegría, para decirle que había cientos y miles que ganar si sabían ser prudentes.

—¡Magnífico!—clamaba la señora Lorilleux por toda la calle de la Goutte d'Or.—¡El imbécil de mi hermano ha perdido la chaveta!... Ya no le faltaba á la Banbán más que echarse á la vida airada; bien empleado le está ¿verdad?

Los Lorilleux estaban mortalmente enemistados con Gervasia. Al principio, durante las reparaciones de la tienda, por poco revientan de rabia; sólo al atisbar de lejos á los pintores, se pasaban á la otra acera y entraban en su casa apretando los dientes. Una tienda azul para aquella perdida ¡vamos! era cosa de desesperar á las gentes honradas. Así, pues, al segundo día, como la aprendiz vaciase con ímpetu en el arroyo una jofaina de almidón, casualmente en el momento en que la señora Lorilleux salía, alborotó ésta toda la calle, acusando á su cuñada de que la hacía insultar por sus obreras. Y quedó roto todo género de relaciones, no cambiándose más que miradas terribles cuando se encontraban.

—¡Sí, bonita vida!—repetía la señora Lorilleux.— ¡Ya sabemos de dónde procede el dinero de su barracal! ¡Lo ha ganado con el herrero!... ¡Vaya otra familia distinguida! ¿No se cortó su padre el pescuezo para evitar este trabajo á la guillotina? ¡Qué sucia historia la de esa gentuza!

Y acusaba descaradamente á Gervasia, asegurando que se acostaba con Gouget. Y mentía, aun cuando juraba y perjuraba haberles sorprendido juntos, una noche, en uno de los bancos del bulevar exterior. La idea de estas relaciones, de los placeres que debía saborear su cuñada, la exasperaba más aún en su honestidad de mujer fea. Cada día salía de sus labios el grito de su corazón:

—Pero ¿qué demonios tendrá esa coja para hacerse amar? ¿hay alguien, por ventura, que me ame á mí?

Después todo se volvían interminables chismes con las vecinas. Les contaba toda la historia. Eso sí; el día del matrimonio la coja hubiera engañado á cualquiera. Pero á ella no la satisfizo del todo, pues tenía buen olfato y sabía cómo colcluiría aquello.

Más adelante se había mostrado la Banbán tan dulce, tan hipócrita, que ella y su marido, por considera-

ción á Coupeau, habían accedido á ser madrina y padrino de Naná, á pesar de que un bautizo como este salía caro. Ahora, decía, aun cuando la Banbán se estuviese muriendo y necesitase un vaso de agua, no sería ella, de seguro, quién se lo diera. No me vengan con insolentes, añadía, ni con picaronas, ni con desvergonzadas. En cuanto á Naná, siempre sería bien recibida por sus padrinos; la pobrecita no tenía la culpa de los crímenes de su madre. Por lo que toca á Coupeau, no necesitaba consejos; pero otro hombre, en su lugar, habría puesto á refrescar el trasero de su mujer en un cubo de agua, después de aplicarle un par de zapatazos; pero, en fin, esas eran cuentas suyas; lo que sólo se le exigía era que guardase respeto á la familia. ¡Santo Dios! ¡si Lorilleux la hubiese encontrado á ella, á su mujer, en flagrante delito! no hubieran pasado así las cosas; positivamente la habría hundido sus tijeras en el vientre.

Sin embargo, los Roche, jueces severos de las riñas de la casa, quitaban la razón á los Lorilleux; si bien eran gentes honradas, tranquilas, que trabajaban todo el santo día y que pagaban puntualmente sus alquileres, en cambio, en este punto, devorábales la envidia. Además, eran muy roñosos, ¡vaya! y tan avaros que ocultaban la botella, cuando alguien subía á verles, para no ofrecer un vaso de vino: en una palabra, unos sucios. Un día que Gervasia acababa de obsequiar á la Roche con un vaso de grosella á agua de Seltz, que bebían en la portería, pasó la señora Lorilleux, muy tiesa, y escupió con intención al cruzar por delante de la puerta. Desde entonces, cada sábado, cuando la señora Roche barría las escaleras y los corredores, dejaba las basuras ante la puerta de los Lorilleux.

—¡Pardiez!—gritaba la señora Lorilleux,—¡la Banbán los ceba á esos glotonos!... ¡Todos son unos!... Pero que se anden con tiento y no me fastidien; pues me quejaré al propietario.. Ayer, sin ir más lejos, he visto al cazarro de Roche restregarse con las faldas de la señora Gaudrón. ¡Vaya una cochinería! ¡arriarse así á una mujer de esa edad, que tiene media docena de hijos! ¡Es otra suciedad que añadir á sus

muchas suciedades! Voy á prevenir á la tía Roche para que arme un escándalo... ¡y será cosa de reír!

Mamá Coupeau visitaba siempre á las dos familias, dando la razón á cada una en particular, consiguiendo hacerse invitar frecuentemente á comer, y escuchando complaciente una noche á su hija y á su nuera. La señora Lerat, actualmente, no iba á casa de los Coupeau, porque había reñido con la Banbán á causa de un zuavo que acababa de cortar las narices á su querida con una navaja de afeitar; la Lerat excusaba al zuavo, diciendo, sin dar más razones, que la cuchillada era prueba de un exceso de cariño. Y además había exasperado las iras de la señora Lori-leux, asegurándole que la Banbán, hablando delante de quince ó veinte personas, la llamaba Cola de Vaca, sin pararse en pelillos. Y que los Roche y los vecinos ya no la designaban sino con este mote.

En medio de tantos chismes, Gervasia, tranquila y sonriente, en el umbral de su puerta, saludaba á sus amigos con afectuosos signos de cabeza. Complaciase en salir á la puerta de vez en cuando, aunque sólo fuese un minuto, para dirigir una sonrisa á la calle, con la satisfacción vanidosa del comerciante que posee un trozo de acera. La calle de Goutte d'Or la miraba como suya, y como suyos miraba también las calles adyacentes y el barrio entero. Cuando, en mangas de camisa, desnudos los brazos, revueltos sus rubios cabellos por el ardor del trabajo, alargaba la cabeza, echaba una ojeada á la izquierda y otra á la derecha, á los dos extremos, para abarcar en conjunto los transeuntes, las casas, el empedrado y el cielo. A la izquierda, la calle de Goutte d'Or se perdía á lo largo; tranquila, desierta, semejante á una calle de pueblo, donde cuchicheaban las mujeres á las puertas; á la derecha, á algunos pasos, estaba la calle de Poissonniers, con su baranda de coches y el continuo patoleo de la multitud que refluía y hacía de este extremo una encrucijada de batahola popular. Gervasia amaba la calle, los vaivenes de los camiones en los baches del grueso y desigual empedrado, los empujones de las gentes á lo largo de las angostas aceras interrumpidas á trozos por montones de guijarros; los

tres metros de arroyo, delante de su tienda, tomaban á sus ojos la enorme importancia de un ancho río, que hubiera deseado ver siempre limpio, un río extraño y viviente, cuya agua coloreaba la tintorería de la casa, con matices delicados, en mitad del negro barro.

Después se interesaba por las tiendas: una gran droguería con su escaparate de frutos secos, protegido por una red de espesas mallas; una lencería y fábrica de gorras para obreros, en la que, al menor soplo del viento, se balanceaban calzones y blusas azules, con las piernas colgando y los brazos en cruz.

Veía las esquinas de los mostradores de los frutos y de la tripicallera, y en ellos hermosos y mansos gatos ronroneando. Su vecina la señora Vigoroux, la carbonera, una mujercita obesa, de cara negra y ojos relucientes, le devolvía el saludo, y seguía bromeando y riendo con los hombres, apoyada en la portada, decorada con trozos de leña pintados sobre un fondo de color heces de vino, y que formaban un complicado dibujo de casa rústica.

Las señoras Codurge, madre é hija, vecinas también, que tenían tienda de paraguas, no salían fuera de su escaparate sombrío y de su puerta cerrada, ornada con dos pequeñas sombrillas de zinc cubiertas de una densa capa de vivo bermellón. Antes de volver adentro, Gervasia dirigía siempre una ojeada enfrente, á una gran pared blanca, sin una ventana siquiera, con una inmensa puerta cochera, por la cual se veían las llamaradas de una fragua colocada en un patio atestado de carretas y carricoches, con las varas hacia arriba. Sobre la pared leíase la palabra «Albétar», escrita en grandes letras y rodeada de un abanico de herraduras.

Durante todo el día, golpeaban los martillos sobre el yunque, y millones de chispas iluminaban la pálida sombra del patio. Y al pie de aquella tapia, como en el fondo de un agujero, no más grande que un armario, entre una vendedora de hierro viejo y otra de patatas fritas, había un relojero, un señor de levita, de aspecto decente, que escudriñaba continuamente relojes, con herramientas muy cucas, ante un mostrador

donde dormían cosas delicadas debajo de vasos de cristal, en tanto que detrás de él, las péndolas de dos ó tres relojes de cuclillo oscilaban á la vez, en la miseria negra de la calle y al acompasado golpeteo de la herrería.

El barrio entero encontraba muy simpática á Gervasia. Verdad que se murmuraba contra ella; pero en cambio había unanimidad en reconocerle hermosos ojos, una boca como un piñón y dientes blanquísimos.

En una palabra, era una bonita rubia y hubiera podido figurar entre las más bellas, á no ser por la desgracia de su pierna. Tenía cumplidos sus veintiocho años, y había engordado. Sus finas facciones se empastaban, y sus gestos adquirían una calma placida.

Actualmente, había momentos en que permanecía abstraída en el borde de una silla, esperando á que se calentase su plancha, sonriendo vagamente y la faz inundada por gozosa beatitud. Volvíase golosa, según opinión general; pero esto no se tenía por un feo vicio, todo lo contrario.

Cuando una gana con qué proporcionarse buenos bocados, ¿no es verdad que sería solemne tontería comer mondaduras de patatas? Y tanto más, cuanto que trabajaba siempre sin descanso, desviviéndose por sus parroquianos, pasando en claro sus noches, á puerta cerrada, cuando el trabajo urgía. Según decían en el barrio, tenía buena sombra; todo prosperaba en sus manos.

Planchaba para los inquilinos de la casa, el señor Madinier, la señorita Remanjou, los Boche; y hasta llegó á quitar á su antigua maestra, la señora Fauconnier, algunas parroquianas de París que vivían en la calle del arrabal Poissonnieres.

A la segunda quincena fué preciso tomar dos oficiales, la señora Putois y Clemencia, la joven que habitaba antes en el sexto piso de la casa, con las cuales reunía en su casa tres subordinadas, contando á Agustina, su pequeña aprendiz, bizca y fea como el trasero de un pobre.

Otras hubieran perdido, de seguro, la cabeza con esta fortuna.

Podía, pues, disculpársele que se refocilara un poco los huesos, después de haberse descrismado toda la semana. Por lo demás, necesitaba esto; pues indudablemente habría ido perdiendo su vigor y su energía; acabando por mirar á las camisas planchase por sí solas, si de vez en cuando no se hubiese zampado algún apetitoso bocado, cuyo deseo cosquilleaba su estómago.

Nunca se había mostrado Gervasia tan complaciente; era dulce como un cordero y buena como el pan; excepción hecha de la señora Lorilleux, á quien llamaba Cola de Vaca, para vengarse. A nadie odiaba y disculpaba á todo el mundo. En el voluptuoso abandono de su golosina, cuando había almorzado bien y tomado café, cedía á la necesidad de una indulgencia general. Su estribillo era: «Debemos perdonarnos unos á otros, ¿verdad? si no queremos vivir como salvajes.» Cuando le hablaban de su bondad, reíase. ¡No hubiera faltado más sino que fuese mala! Y añadía que no tenía mérito en ser buena. ¿Por ventura no se habían realizado sus sueños? ¿qué le quedaba que ambicionar en la vida? Recordaba su ideal de otros tiempos; cuando se encontraba como si dijéramos en la calle; trabajar, comer pan, tener un rincón propio, criar á sus hijos, no ser zurrada y morir en su cama. Y ahora su ideal estaba realizado con creces; tenía cuanto deseaba, y más y mejor. Por lo que respecta á morir en su cama, decía bromeando, que contaba con ello, pero que esperaba fuese lo más tarde posible.

Gervasia era sobre todo amable con Coupeau; nunca una mala palabra, nunca una queja á espaldas de su marido. El plomero había concluido por volver al trabajo, y como su taller se encontraba entonces al otro extremo de París, dábale su mujer cada mañana cuarenta sueldos para su almuerzo, su copa y su tabaco. Sólo que de seis días, los dos deteniase Coupeau en el camino, se bebía los cuarenta sueldos con un amigo y se volvía á almorzar á su casa, inventando cualquier conseja. Una vez, sin alejarse mucho, invitó á Mes-Bottes y á otros tres camaradas á un desayuno delicado: caracoles, asado y vino lacrado, en el «Capucin», barrera de la Chapelle; y, no bastando sus

cuarenta sueldos para el gasto, mandó un recado con la cuenta á su mujer participándole que estaba en rehenes. Gervasia reíase encogiéndose de hombros. ¿Qué mal había en que su marido se divirtiese un poco? A los hombres conviene dejarles algo suelta la rienda, si se desea tener paz en casa; de lo contrario, palabra tras palabra, no tarda en llegarse á los golpes. Era preciso hacerse cargo de todo. Coupeau se resentía aún de la pierna, y además se veía forzado, tenía que hacer como los demás para no pasar por un grosero. Por otra parte, la cosa no tenía consecuencias; si volvía algo chispo, se acostaba, y dos horas después, como si tal cosa.

En tanto llegaron los fuertes calores. Una tarde de junio, un sábado en que la tarea urgía, había Gervasia atestado de cok el hornillo, en que se calentaban diez planchas, al sonoro roncar del tubo. A estas horas caía el sol á plomo sobre la portada; la acera reflejaba una reverberación ardiente, cuyas ondulaciones se agitaban en el techo de la tienda, y estos rayos, azulados por el reflejo del papel de las anaquelarias y del escaparate, inundaban el mostrador de una claridad que cegaba, como polvo de sol finamente tamizado. Reinaba allí una temperatura capaz de reventar al más pintado. Aunque la puerta de la tienda estaba abierta, no se movía ni un sólo soplo de aire; las prendas puestas á secar, colgadas de alambres de latón humeaban y se ponían rígidas como virutas, en menos de tres cuartos de hora. Desde hacía algunos momentos, y bajo esa pesadez de horno, reinaba profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de los sordos golpes de las planchas, sofocados por la gruesa manta que tapizaba el mostrador.

—¡Pues, señor!—dijo Gervasia;—¡si nos derretiremos hoy! ¡de buena gana me quedaría sin camisa!

Estaba arrodillada ante una palangana, ocupada en almidonar la ropa. En enaguas, remangadas las mangas de su camisa, exhibía los brazos desnudos, el cuello desnudo, tan sonrosada, tan sudorosa, que los blondos mechoncitos de sus despeinados cabellos se pegaban á su piel. Con sumo cuidado humedecía en el agua lechosa, gorros, pecheras de camisas de hombre,

enaguas enteras y guarniciones de pantalones de mujer. Luego, arrollaba las prendas y las ponía en el fondo de un cesto cuadrado, después de meter las manos en un cubo de agua y sacudirlas sobre la parte no almidonada de las camisas y pantalones.

—Este cesto para vos, señora Putois—continuó.— Despacharéis pronto ¿verdad? eso se seca al momento, y habría que volver á mojarlo dentro de una hora.

La señora Putois, mujer de cuarenta y cinco años, flaca, bajita, planchaba sin verter ni una gota de sudor, aun cuando se hallaba abotonada en un viejo cuerpo de color castaña. Ni siquiera se había quitado su gorro, un gorro negro, adornado de cintas verdes, amarillentas por el uso. Permanecía rígida ante el mostrador; demasiado alto para ella, con los codos en el aire y manejando la plancha con gestos de muñeca rota. De repente exclamó:

—¡Eso, no, señorita Clemencia! volveos á poner la chambre. Ya sabéis que no me gustan las indecencias. Si os descuidáis un poco, se os ve todo. Ya hay dos hombres parados frente á la tienda.

La mocetona Clemencia la llamó bestia, entre dientes. Se estaba ahogando de calor, bien podía ponerse cómodamente; no todo el mundo tiene la piel de yesca. Además, ¿se le veía algo de particular? y levantaba los brazos, su poderoso seno de buena moza no cogía en su camisa, al mismo tiempo que sus hombros hacían saltar las mangas. Clemencia vivía demasiado deprisa; al día siguiente de una noche de trueno, no sentía el suelo bajo sus pies y se dormía sobre la tarea; empero á pesar de esto no se la despedía, por cuanto no había obrera que pudiese alabarse de planchar una camisa de hombre con tanto chic. Era una especialidad en las camisas de hombre.

—Esto es mío ¡vaya!—acabó por decir, dándose palmadas en el pecho;—á nadie muerde; ni hace daño á nadie.

—Clemencia, poneos vuestra chambre—dijo Gervasia.—Tiene razón la señora Putois; eso no está decente... Podría tomarse mi casa por lo que no es.

Entonces Clemencia se arregló la ropa refunfuñando. ¡Vaya unos escrupulos! ¡como si los transeuntes

nó hubiesen visto nunca tetas! Y desfogó su cólera contra la aprendiz, la bisoja Agustina que planchaba á su lado medias y pañuelos, empujándole y dándole un codazo. Pero ésta, mohina, y con una malignidad cazorra de monstruo y de aguanta dolores, la escupió por detrás la falda del vestido, para vengarse.

Entre tanto Gervasia había empezado á planchar un gorro de la señora Roche, operación que quería hacer con el mayor cuidado, y había preparado almidón cocido, para ponerlo como nuevo. Pasaba suavemente por el fondo de la cofia la polonesa, pequeña plancha redonda por los dos cabos, cuando entró una mujer huesosa, salpicada la faz de manchas rojas y empapadas de agua las faldas; era una lavandera, que empleaba tres ayudantes en el lavadero de la Goutte d'Or.

—¡Llegáis demasiado pronto, señora Bijard!—exclamó Gervasia.—Os había dicho que esta noche... ¡No podáis estorbarme á peor hora!

Sin embargo, como la lavandera se lamentaba, temiendo no poder hacer la colada en el mismo día, se decidió á darle la ropa sucia en seguida. Entraron las dos á buscar los lios á la habitación de la izquierda, donde dormía Esteban, y salieron luego con enormes brazadas que amontonaron en el suelo, en el fondo de la tienda. Más de media hora duró el apartado. Gervasia hacía montones en torno suyo, juntando las camisas de hombre, de mujer, pañuelos, calcetines y trapos. Cuando pasaba entre sus manos una prenda de un nuevo parroquiano, la marcaba con una cruz de hilo rojo para distinguirla. Con el calor que hacía, exhalábase de toda aquella ropa sucia removiéndose, un hedor nauseabundo.

—¡Oh! ¡qué mal huele eso!—exclamó Clemencia tapándose las narices.

—¡Pardiez! si estuviese limpio, no nos lo darían—contestó tranquilamente Gervasia,—cada planta da su olor... Conque decíamos, catorce camisas de mujer ¿no es esto?... quince, diez y seis, diez y siete...

Y continuó contando en voz alta, sin manifestar asco alguno, acostumbrada como estaba á la suciedad; se pulataba sus brazos desnudos y sonrosados en las camisas amarillas por el uso, en los trapos rígidos por

la grasa de las aguas de fregar, en los calcetines carcomidos y podridos por el sudor. Sin embargo, el fuerte hedor que azotaba su faz inclinada sobre el montón de ropa, le daba cierto mareo. Habíase sentado en el borde de un taburete, completamente encorvada, alargando las manos á derecha y á izquierda, con ademanes pausados, cual si se embriagase con aquel olor humano, sonriendo vagamente y entornando los ojos. Y parecía que sus primitivas perezas procedían de la asfixia producida por la ropa vieja que envenenara el aire alrededor de ella.

Precisamente, en el momento en que sacudía un pañal de niño, que no reconocía por lo meado que estaba, entró Coupeau.

—¡Pícaro sol!—tartamudeó,—¡vaya qué rayos envía! ¡parece que á uno le golpean la cabeza!

Y se agarró del mostrador para no caerse. Era la primera vez que pillaba una turca semejante. Hasta entonces sólo había venido algo chispo, mas no pasaba de ahí.

A la sazón, lucía un chichón sobre un ojo, una caricia amistosa recibida en una querella. Sus rizados cabellos, entre los que empezaban á platear algunas canas, debían haber barrido un rincón de un tabernucho, por cuanto llevaba pendiente de los pelos una telaraña, que caía sobre su nuca. Por lo demás, continuaba siendo el bromista de siempre, con las facciones algo alteradas y envejecidas, la mandíbula inferior más saliente; pero siempre buen muchacho, como decía él mismo, y la piel bastante suave todavía para dar envidia á una duquesa.

—Te explicaré—añadió dirigiéndose á Gervasia.—Ya conoces á Pied de Celeri, el de la pierna de palo; pues bien, antes de partir para su pueblo, ha querido convidarnos... ¡Oh! estábamos todos firmes, á no ser ese maldito sol... Por la calle la gente se pone enferma. ¡Palabra de honor! todo el mundo da vueltas...

Y notando que la mocetona Clemencia se reía de que hubiese visto la calle bailando, apoderóse de él un exceso de jovialidad tan enorme que por poco más le ahoga. Y gritaba;